

EL CONGO, REFLEXION, NO VENGANZA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

NADIE habrá que no se haya crispado ante la masacre del Congo. Un episodio como el ocurrido hace unos días en la agitada república recién nacida acusa, sin embargo, más allá de su escalofriante estallido y más allá también de la justa compasión hacia las víctimas inocentes que causó, un hondo, terrible problema que el mundo civilizado debe, conteniendo sus pasiones, analizar con la más solar inteligencia. No detona así el crimen si no media entre asesino y asesinado un ciego resentimiento que los enfrenta no como individuos sino como representantes, uno y otro, de bandos enemigos, y enemigos mortales. La historia de la civilización occidental no está exenta de innumerables brotes de semejante horror. El derecho, el humanismo, la consideración hacia la vida como valor supremo, nacieron precisamente como lúcida reacción ante el expediente irracional que buscaba la aniquilación, no la persuasión. Por eso, en estos momentos, frente al hecho que nos ocupa, es necesario comprender.

LA OLA de subversión que desde hace poco menos de un lustro agita el Africa ha sido bien estudiada por los sociólogos. El hombre fue ahí considerado por el occidental —que hizo suyos pueblos y tierras— un ser inferior en la escala animal. No conquistaron al continente negro los letrados, los juristas, las gentes del nivel intelectual. Lo conquistaron aventureros y mercaderes, que ni estaban imbuídos de grandes normas morales ni pretendían otra cosa, al colonizar ese bloque del mundo, que el enriquecimiento rápido y barato. El "apartheid", la segregación racial, fue menos, al principio, una réplica al color de la piel, las costumbres primitivas, la existencia tribal, etc., que un sistema mediante el cual la servidumbre fue la básica condición de una producción económica acelerada y a bajo costo. Esta norma se hizo, luego, prejuicio y hasta doctrina. ¿Para qué rememora: en estas líneas todo lo que han arguido humanistas, científicos, ensayistas, testigos y otros autores de libros y artículos en favor del tratamiento humano y la independencia de los pueblos africanos? El legajo es enorme y convincente. Baste señalar que, a partir de la inflación del falaz concepto de "la supremacía blanca", mil abusos (recordemos Sudáfrica, hoy mismo contra todo principio) sembraron un tenebroso rencor entre los africanos nativos.

LOS AFRICANOS estuvieron al lado de la democracia el 14 y el 39. También fueron héroes en las batallas que impidieron el triunfo del cesarismo supérstite. Hace pocos años quisieron para sí esa democracia, y unas veces por la razón y otras por la fuerza, la han venido consiguiendo. En naciones subdesarrolladas, que los colonos olvidaron de preparar para la existencia en el mundo de la cultura, la técnica y la ciencia, hallar el camino de una auténtica democracia (América Latina, en menor grado, presenta el mismo cuadro) es una prueba dura. Quien confíe en el hombre confiará en el inevitable triunfo en el Africa de las instituciones, dentro de un orden social lo más próximo a la justicia y el bienestar colectivo. De ahí que la masacre del Congo que hemos leído esta semana con un nudo en la garganta deba ser entendida como un estertor —no como un renacimiento— del odio que se acumuló, por las vías del maltrato y la discriminación, en el alma de esos hombres que Europa la sabia Europa, no supo formar para el bien. El castigo de los culpables por la justicia congoleña, y no la represalia brutal que no haría sino agrandar el abismo de la animadversión, es lo único que cabe reclamar. Y también instar a que el gobierno de ese nuevo país, con la cooperación desinteresada de las naciones cultas, funde merced a una educación raigal la conciencia de que ser libres es ser, por sobre todo, generosos y abiertos a la universalidad fraternal. Ni venganzas, ni amenazas, ni acusaciones intolerantes. Hace falta, más bien, la reflexión y como fruto de ella, la concordia.